

EL FOLLÓN DE LAS LENGUAS

Llevamos camino de no entendernos. De momento, la UE pretende reducir el número de traductores de español de 92 a 67, los mismos que del sueco o del finlandés. El argumento de los eurócratas es impecable: si 12 millones de españoles hablan idiomas distintos del castellano, ¿para qué pagarles intérpretes de dicho idioma? Además, los gastos de traducción al catalán, gallego, vasco y valenciano corren a cuenta del Gobierno de Madrid. Ya ven cómo se le están poniendo las cosas a la que, dicen, es la tercera lengua del mundo. Y es que, aunque parezca paradójico, los idiomas no están hechos para entendernos, sino para diferenciarnos.

En la UE, por ejemplo, a la lengua maltesa, hablada por menos de 400.000 personas, le corresponden 60 traductores, cuando los expertos consideran que en el mundo sólo hay ocho personas cualificadas para esa labor. ¿De dónde sacáramos, además, a alguien que pudiese traducir simultáneamente del euskera al maltés y viceversa? Lo bueno del caso, por otra parte, es que en la práctica todos los malteses hablan inglés. Comprobé algo parecido en Amberes cuando, de casualidad, asistí a un curso impartido a belgas por una psicóloga británica. El intérprete traducía a posteriori sus intervenciones al flamenco, con lo que duplicaba la duración del curso, hasta que un alumno intervino: "¿Para qué perder el tiempo -arguyó- si todos los que estamos aquí sabemos inglés?". O sea, que muchas veces rizamos el rizo, despreciando lo evidente. Y la evidencia muestra que en la UE existen ya 20 lenguas oficiales, amén de otras lenguas vernáculas, en espera de hacerse oír. Imagino que en la bíblica Torre de Babel no había un guirigay semejante a éste.



Más vale que nuestros hijos aprendan algún exótico idioma minoritario

ENRIQUE ARIAS VEGA, PERIODISTA

Luego vendrá, claro, la incorporación de la lengua de signos, ese lenguaje para sordos que creó el abate De l'Epée. El problema no consiste tanto en visualizar los discursos públicos en la lengua gestual -algo que ya se hace-, sino en aplicar la versión adecuada de la misma, ya que, en su adaptación a los idiomas sonoros, existen más de 100 variantes dialectales. Y no se trata de un problema menor, ya que en España hay unas 150.000 personas sordas implicadas en esta cultura de signos. Un lío, pues, de padre y muy señor mío. Hace ya más de un siglo intentó remediarlo el bienintencionado doctor Zamenhoff, quien creó un lenguaje universal que denominó esperanto. Del fracaso de su idílica visión integradora da prueba el que sólo haya en el mundo dos millones de esperantistas, muchos menos que jugadores de petanca. Por eso, dada la vocación claramente disgregadora de nuestro mundo, más vale que nuestros hijos, en vez de inglés, aprendan cualquier exótico idioma minoritario. Les garantizo que podrán ganarse la vida tan ricamente como traductores y, además, sin competencia alguna.